

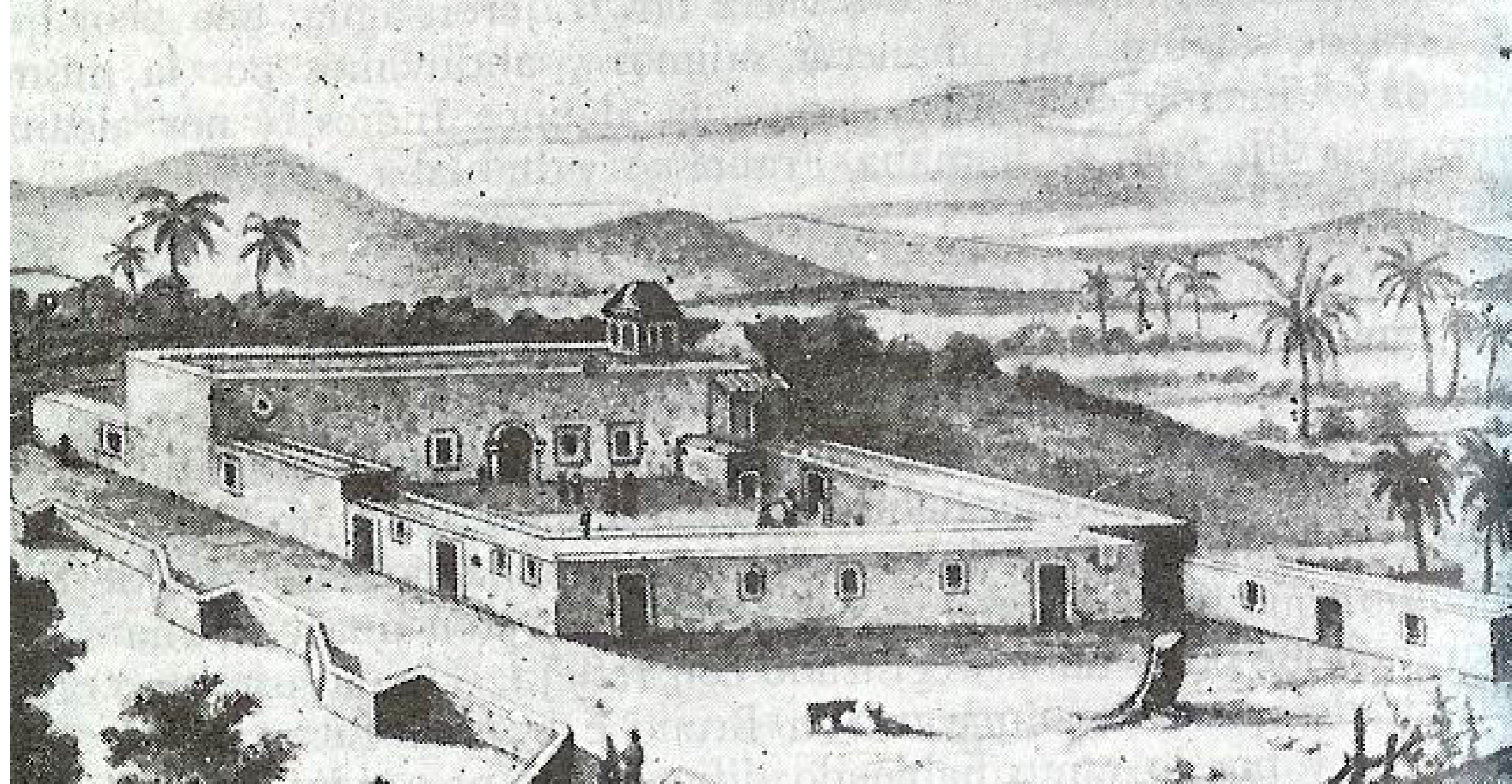
## Misioneros y profesores jesuitas en la Nueva España

### Tercera parte: siglo XVIII

Jonatan Chávez\*

*Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí que todo es vanidad y aflicción de espíritu*

**Eclesiastés: I-14**



Misión de Nuestra Señora de Loreto en el siglo XVIII.

Desde su creación por Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús es una estructura de tipo marcial conformada por individuos que encaminan sus acciones a objetivos más grandes, una suerte de ejército comandado por un *general* que al conocer a fondo cada una de las partes de su todo, propiciaba que ninguno de los integrantes estaría de más.

La compañía nació en el despertar del Renacimiento y por ende, compartió el espíritu humanista de la época, en que se ponía al hombre como un ser creado divinamente, pero que tenía también la capacidad de crear porque dios lo había dotado de raciocinio y pensamiento. Con esta premisa surgen sus postulados y estructura, y así la iglesia estableció que bajo su cobijo habría una (única) manera correcta de vivir.

Cuando hay necesidad de pertenecer es porque se comparten ideas, creencias, gustos, afinidades, existen vínculos: un individuo forma parte de un conjunto que a la vez hace o se constituye en algo más grande. Así funcionan las familias, las sociedades: la estructura es una sola, indivisible, que guarda diversas complejidades. Así también la Compañía de Jesús.

Con este espíritu, los jesuitas se dieron a la tarea de dispersarse por el mundo y llevar su mensaje en aras de replicar en los territorios a donde llegaron esa manera de ver el mundo y evitar en todo lo posible que hubiese una réplica del convulsionado ambiente de confrontación que por las posturas religiosas de la reforma se dieron en Europa durante los siglos XVI y XVII.

Del mismo modo que la Compañía de Jesús asistió en el Concilio de Trento a los intereses de la iglesia de Roma y contribuyó a consolidar las conclusiones derivadas de aquel encuentro, también enfocó sus acciones en la propagación y práctica de aquellas resultas; la América española es, sin duda, una de las regiones donde se pueden encontrar las manifestaciones más vibrantes y significativas de aquel proceso cultural acontecido hace más de doscientos años.

Si bien esto habría sido imposible sin el celo y cuidado que España puso para evitar que se replicaran las escenas de guerra en sus territorios ultramarinos, fueron las órdenes religiosas las que mantuvieron en observancia que se cumplieran; en lo que respecta a la obra de los jesuitas en el territorio novohispano, colegios y misiones fueron el epicentro de la espiritualidad y fortalecimiento del conocimiento, así como poner en los hospitales y cofradías la práctica de ayudar al menesteroso; de esta forma se completaba la misión de emular la vida de Jesús.

Disciplina, estudio y fe conformaban toda la estructura de la Compañía: los *ejercicios espirituales* creados por el fundador ponían a prueba la fortaleza de los jóvenes y en las cátedras la disciplina fue estricta y se ponía en práctica en cada acción.

La información que un misionero recopilaba era de utilidad para la siguiente generación, de ahí el robustecimiento de sus bibliotecas, saberes que no se quedaban resguardados, sino que eran difundidos a través de la red que les mantenía comunicados en todos los rincones del planeta. Todo lo que se hacía en nombre de la fe, tarde que temprano habría de rendir sus frutos.

Lo aprendido desde el siglo XVI, prevaleció en la estructura jesuita

existente en el siglo XVIII. La provincia mexicana de la Compañía de Jesús contaba con una red de colegios en las ciudades más importantes del virreinato, además de un entramado de misiones dispersas por todos los rincones de las regiones del norte y noroeste novohispano.

El lenguaje que se usó para la construcción de iglesias, capillas y colegios tenía significados que reiteraban la perfección de la creación divina y el arte estuvo, en ese sentido, vinculado al conocimiento matemático en la arquitectura: colegios como el de San Ildefonso, Tepetzotlán o iglesias como La Profesa (desde su *fábrica* hasta las obras que los *revisten*), guardan esa espiritualidad monumental que lo envuelve todo.

Los artífices encargados de revestir los espacios sagrados lo hicieron con los modelos a seguir del fundador, representado en momentos de arrobamiento místico entre conciertos angélicos y rompimientos de gloria que les hacían aún más vibrantes; además, recurrieron a la evocación de los libros del *Antiguo testamento* para aplicarlos y que al replicarlos en lejanas latitudes no se distorsionaran. *El barroco* —como ahora se le conoce a estas expresiones—, debe mucho a las devociones jesuitas, pues fueron las que catapultaron a este estilo artístico como primer arte global en el mundo, ya que sus postulados se *hicieron a la mar* para llegar a lejanas latitudes.

Hasta la fecha existen posturas que cuestionan las acciones de los jesuitas. En su historial siempre guarda lugar especial la confrontación con el obispo de la ciudad de Puebla, las ocultas pretensiones en la defensa de las misiones guarines, las ricas haciendas que administraban en las afueras de ciudad de México o el control del mercado de perlas del que se les acusaba controlar en la Baja California. Todo era parte de todo ello: los intereses de la compañía siempre estuvieron ligados a su bienestar y la administración de los recursos estaba destinada a sostener colegios y misiones; además, se dieron a la tarea de *echar a andar tierras* e incluso fueron arriesgados en introducir cultivos que estaban restringidos, como el de la vid en el norte (que gestó zonas vitivinícolas hoy en auge después de varios siglos).

Al momento de su expulsión, lo requerido por las autoridades virreinales fue en primera instancia los *libros* de cuentas y las limosnas de las cofradías. Quizás creerían encontrar caudales desbordados al interior de los muros de los colegios; sin embargo, no fue así: la riqueza fue invertida en misiones e iglesias o en la atención a los hospitales. La riqueza se quedó en esta tierra. Los jesuitas novohispanos contribuyeron con su lenguaje y trabajo al fortalecimiento de la identidad criolla de su tiempo: devociones, arraigos y actividades económicas fueron iniciativa de ellos para establecer el modo de vida al que pertenecían.

La mentalidad de los hombres a través del tiempo es motivo fascinante de estudio para el presente; así, los misioneros y profesores jesuitas forman parte ineludible de un proceso cultural histórico. Conviene saber que hubo un tiempo en que la fe movió a cientos de hombres religiosos a llegar a tierras lejanas por una creencia, y que a pesar del tiempo, su huella está presente en el proceso histórico que hoy llamamos México.

\*Historiador y Coordinador de Voluntariado y Servicios al público del Colegio de San Ildefonso.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina*. Tomo II: "América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII." Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1998.
- Boturini Benaduci, Lorenzo. *Historia general de la América septentrional*. México, UNAM, 1990.
- Décorme, Gerard. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial (1572-1767)*. Tomo I: "Fundaciones", México, Porrúa, 1941.
- Reynoso, Arturo. *Francisco Xavier Clavijero. El aliado del espíritu*. México, Artes de México-FCE-Universidad Iberoamericana, 2018.

¿Quieres saber más sobre la historia del Colegio de San Ildefonso?

Escribenos a [jchavez@sanildefonso.org.mx](mailto:jchavez@sanildefonso.org.mx)



#CulturaUNAMenCasa #QuédateEnCasa #ContigoEnLaDistancia

#CapitalCultural #LaSanaDistancia #SanIldefonsoEnCasa